



LECTIO DIVINA

IV semana de Cuaresma
Del 22 al 28 de marzo de 2020



“Fue a lavarse
en la piscina de Siloé”

DOMINGO, 22 DE MARZO DE 2020

«Sólo sé que antes era ciego y ahora veo».

Oración introductoria

Señor, ven y sé luz en las tinieblas de mi corazón. ¡Maestro, haz que vea!

Petición

Señor, que no cuestione y sepa seguir siempre, con una gran confianza, todas tus inspiraciones.

Lectura del primer libro de Samuel (1Sam 16,1b.6-7.10-13a)

En aquellos días, el Señor dijo a Samuel: «Llena tu cuerno de aceite y ponte en camino. Te envío a casa de Jesé, el de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí». Cuando llegó, vio a Eliab y se dijo: «Seguro que está su ungido ante el Señor». Pero el Señor dijo a Samuel: «No te fijas en su apariencia ni en lo elevado de su estatura, porque lo he descartado. No se trata de lo que vea el hombre. Pues el hombre mira a los ojos, más el Señor mira el corazón». Jesé presentó a sus siete hijos ante Samuel. Pero Samuel dijo a Jesé: «El Señor no ha elegido a estos». Entonces Samuel preguntó a Jesé: «¿No hay más muchachos?». Y le respondió: «Todavía queda el menor, que está pastoreando el rebaño». Samuel le dijo: «Manda a buscarlo, porque no nos sentaremos a la mesa mientras no venga». Jesé mandó a por él y lo hizo venir. Era rubio, de hermosos ojos y buena presencia. El Señor dijo a Samuel: «Levántate y úngelo de parte del Señor, pues es este». Samuel cogió el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. Y el espíritu del Señor vino sobre David desde aquel día en adelante.

Salmo (Sal 22, 1-3a. 3b-4. 5. 6)

El Señor es mi pastor, nada me falta.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios (Ef5,8-14)

Hermanos: Antes erais tinieblas, pero ahora, sois luz por el Señor. Vivid como hijos de la luz, pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz. Buscad lo que agrada al Señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien denunciándolas. Pues da vergüenza decir las cosas que ellos hacen a ocultas. Pero, al denunciarlas, la luz las pone al descubierto, y todo lo descubierto es luz. Por eso dice: «Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará».

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 9, 1-41)

En aquel tiempo, al pasar, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién pecó, este o sus padres, para que naciera ciego?». Jesús contestó: «Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado; viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo». Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)». Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: «¿No es ese el que se sentaba a pedir?». Unos decían: «El mismo». Otros decían: «No es él, pero se le parece». El respondía: «Soy yo». Y le preguntaban: «¿Y cómo se te han abierto los ojos?». Él contestó: «Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuese a Siloé y que me lavase. Entonces fui, me lavé, y empecé a ver». Le preguntaron: «¿Dónde está él?». Contestó: «No lo sé».

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó: «Me puso barro en los ojos, me lavé y veo». Algunos de los fariseos comentaban: «Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado». Otros replicaban: «¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?». Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: «Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?». Él contestó: «Que es un profeta». Pero los judíos no se creyeron que aquel había sido ciego y que había comenzado a ver, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron: «¿Es este vuestro hijo, de quien decís vosotros que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?». Sus padres contestaron: «Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo ve ahora no lo sabemos; y quién le ha abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos. Preguntádselo a él, que es mayor y puede explicarse». Sus padres respondieron así porque tenían miedo a los judíos; porque los judíos ya habían acordado excluir de la sinagoga a quien reconociera a Jesús por Mesías. Por eso sus padres dijeron: «Ya es mayor, preguntádselo a él». Llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron: «Da gloria a Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador». Contestó él: «Si es un pecador, no lo sé; solo sé que yo era ciego y ahora veo». Le preguntan de nuevo: «¿Qué te hizo, cómo te abrió los ojos?». Les contestó: «Os lo he dicho ya, y no me habéis hecho caso; ¿para qué queréis oírlo otra vez?, ¿también vosotros queréis haceros discípulos suyos?». Ellos lo llenaron de improperios y le dijeron: «Discípulo de ese lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios, pero ese no sabemos de dónde viene». Replicó él: «Pues eso es lo raro: que vosotros no sabéis de dónde viene, y, sin embargo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que es piadoso y hace su voluntad. Jamás se oyó decir que nadie le abriera los ojos a un ciego de nacimiento; si este no viniera de Dios, no tendría ningún poder». Le replicaron: «Has nacido completamente empecatado, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?». Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían

expulsado, lo encontró y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?». Él contestó: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?». Jesús le dijo: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ese es». Él dijo: «Creo, Señor». Y se postró ante él. Dijo Jesús: «Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se queden ciegos». Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron: «¿También nosotros estamos ciegos?». Jesús les contestó: «Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado; pero como decís “vemos”, vuestro pecado permanece».

Releemos el evangelio

San Gregorio de Narek (c. 944-c. 1010)

monje y poeta armenio

Libro de oraciones, nº 40

“Se lavó; cuando volvió, veía”

Dios todopoderoso, Bienhechor, creador del universo
escucha mis gemidos, que estoy en peligro.
Líbrame del temor y de la angustia;
líbrame por tu fuerza poderosa, tú que todo lo puedes...

Señor Jesucristo, (...) corta la malla de mi red
con la espada de tu cruz victoriosa, el arma de vida.
Por todas partes esta red me envuelve,
a mí, cautivo, para hacerme perecer;
conduce al lugar de tu reposo mis pasos vacilantes y desviados.

Cura la fiebre de mi corazón que me ahoga.
Soy culpable ante ti, quita de mi alma la turbación,
fruto de la invención diabólica,
haz desaparecer la oscuridad de mi alma angustiada...

Renueva en mi alma la imagen de luz de la gloria
de tu nombre, grande y poderoso.

Intensifica el resplandor de tu gracia sobre la belleza de mi rostro
y sobre la efigie de los ojos de mi espíritu,
a mí, nacido de tierra (Gn 2,7)

Corrige en mí, restaura más fielmente,
la imagen que refleja la tuya (Gn 1,26)

A través de una pureza luminosa, haz desaparecer mis tinieblas,
a mí que soy pecador.

Inunda mi alma de tu luz divina, viviente, eterna, celeste,
para que crezca en mí la semejanza con Dios Trinidad.

Sólo tú, oh Cristo, eres bendito con el Padre
para la alabanza de tu Espíritu Santo
por los siglos de los siglos. Amén.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Es interesante notar cómo el milagro se narra en apenas dos versículos, en los demás se pone la atención no en el ciego recuperado, sino en las discusiones que desencadena. Parece que su vida y especialmente su curación se vuelve banal, anecdótica o elemento de discusión, así como de irritación y enojo. El ciego sanado es interrogado en un primer momento por la multitud estupefacta, después por los fariseos; y estos interrogan también a sus padres.

Ponen en duda la identidad del hombre sanado; posteriormente niegan la acción de Dios, poniendo como excusa que Dios no actúa en sábado; llegan incluso a dudar que aquel hombre naciera ciego. Toda la escena y las discusiones revelan lo difícil que resulta comprender las acciones y prioridades de Jesús, capaz de poner en el centro a aquel que estaba en la periferia.» *(Homilía de S.S. Francisco, 2 de junio de 2019).*

Meditación

Esta es la experiencia de cada uno de nosotros que, en cierta medida, estamos ciegos; nuestra condición débil no nos deja ver con claridad y andamos por la vida a tientas. ¡Esta condición no es para siempre! Hay una gran esperanza, aun cuando no la vemos, y es Jesús que se acerca, toca el lodo del que estamos hechos y nos devuelve la condición para la que hemos sido creados, para caminar en la luz y la verdad. Pero no todo queda ahí. Jesús tocó los ojos del ciego, pero lo envió para que se lavara en un sitio muy específico.

El ciego no tenía nada que perder si se echaba un poco de agua pero, después de haber recibido quizás tantos desprecios y bromas en su vida, por la cultura de la época, ¿qué le garantizaba que esta vez sería distinto? La grandeza de este hombre consiste en que tuvo fe e hizo lo que el Señor le pedía. El Señor cada día nos toca de diversas maneras, nos llama, nos «primerea» como diría el Papa Francisco. No obstante, nuestra poca fe a veces constituye el obstáculo que no deja que Dios actúe como Dios. Él respeta nuestra libertad y lo único que nos pide a cambio para obrar su grandeza es un poco de fe.

Los fariseos estaban furiosos por tan grande prodigio. No querían dar crédito a lo que sus ojos veían pero, en el espíritu, ellos eran los verdaderamente ciegos, según lo dice el mismo Jesús. Ellos eran la gente religiosa, los que siempre cumplían, los que siempre estaban, supuestamente, cerca de Dios. Eso no era lo malo, sino que su corazón estaba tan endurecido y lleno de soberbia que no eran capaces de reconocer el obrar de Dios.

Creían que todo lo sabían, que todo lo podían enseñar, y así juzgan a los demás con sus parámetros. Jesús viene a romper esquemas. ¿Qué tipo de ciego soy? Respondámonos esta pregunta con toda sinceridad frente a Dios. ¿Soy el ciego que juzga, o soy el ciego que busca? El Señor hoy nos quiere devolver la vista; escuchemos su voz y démosle gloria con nuestra vida que empieza a renacer en el Espíritu que nos da la luz.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

LUNES, 23 DE MARZO DE 2020
Creerle a Jesús.

Oración introductoria

Señor, creo en Ti; creo que soy obra tuya. Quiero que los demás noten que soy tuyo.

Petición

Dame la gracia para saber confiar siempre en ti Señor.

Lectura del libro de Isaías (Is 65, 17-21)

Esto dice el Señor: «Mirad: voy a crear un nuevo cielo y una nueva tierra: de las cosas pasadas ni habrá recuerdo ni vendrá pensamiento. Regocijaos, alegraos por siempre por lo que voy a crear: yo creo a Jerusalén “alegría”, y a su pueblo, “júbilo”. Me alegraré por Jerusalén y me regocijaré con mi pueblo, ya no se oirá en ella ni llanto ni gemido; ya no habrá allí niño que dure pocos días, ni adulto que no colme sus años, pues será joven quien muera a los cien años, y quien no los alcance se tendrá por maldito. Construirán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán los frutos».

Salmo (Sal 29, 2 y 4. 5-6. 11-12a y 13b)

Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 4, 43-54)

En aquel tiempo, salió Jesús de Samaría para Galilea. Jesús mismo había atestiguado: «Un profeta no es estimado en su propia patria». Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta. Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verlo, y le pedía que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose. Jesús le dijo: «Si no veis signos y prodigios, no creéis». El funcionario insiste: «Señor, baja antes de que se muera mi niño». Jesús le contesta: «Anda, tu hijo vive». El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole que su hijo vivía. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron: «Ayer a la hora séptima lo dejó la fiebre». El padre cayó en la cuenta de que esa era la hora en que Jesús le había dicho: «Tu hijo vive». Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.

Releemos el evangelio

Imitación de Cristo

tratado espiritual del siglo XV

IV, 18

“¿Si no veis signos, no podéis creer?”

“El que escruta la majestad de Dios, se verá abrumado por su gloria” (*Pr 25,27 Vulg*). Dios no ha dado al hombre la suficiente

inteligencia para conocerlo todo...; lo que se te pide es una fe sólida y una vida sencilla, y no un conocimiento de todo. Si no entiendes ni comprendes las cosas más triviales ¿cómo entenderás las que están sobre la esfera de tu alcance? Sujétate a Dios y humilla tu juicio a la fe, y se te dará la luz de la ciencia, según te fuere útil y necesaria.

Algunos son gravemente tentados contra la fe en el santo sacramento; mas esto no se ha de imputar a ellos sino al enemigo. No tengas cuidado, no disputes con tus pensamientos, ni respondas a las dudas que el diablo te sugiere, sino cree en las palabras de Dios, cree a sus santos y a sus profetas, y huirá de ti el malvado enemigo. Muchas veces es muy conveniente al siervo de Dios el padecer estas tentaciones. Pues no tienta el demonio a los infieles y pecadores a quienes ya tiene seguros; sino que tienta y atormenta de diversas maneras a los fieles y devotos.

Acércate, pues, con una fe firme y sencilla, y llégate al sacramento con suma reverencia; y todo lo que no puedes entender encomiéndalo con seguridad al Dios todopoderoso. Dios no te engaña; el que se engaña es el que se cree a sí mismo con demasía. Dios anda con los sencillos, se descubre a los humildes, y “da entendimiento a los pequeños” (*Sal 118, 130*), alumbra a las almas puras y esconde su gracia a los curiosos y soberbios. La razón humana es flaca, y puede engañarse; más la fe verdadera no puede ser engañada.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Hay hombres que aparentemente no buscan a Dios, pero Jesús nos hace rezar también por ellos, porque Dios busca a estas personas más que a nadie. Jesús no vino por los sanos, sino por los enfermos, por los pecadores, es decir, por todos, porque el que piensa que está sano, en realidad no lo está. Si trabajamos por la justicia, no nos sintamos mejores que los demás: el Padre hace que su sol salga sobre los buenos y sobre los malos.

¡El Padre ama a todos! Aprendamos de Dios, que siempre es bueno con todos, a diferencia de nosotros que solo podemos ser buenos con algunos, con algunos que nos gustan.» (*Homilía de S.S. Francisco, 13 de febrero de 2019*).

Meditación

Hiciste tu primer milagro en Caná; en este mismo lugar realizaste tu segundo signo, a pesar de que a ningún profeta se le honra en su propia patria a causa de la falta de fe de muchos. Dedicaste tus primeros signos a la familia: primero ayudaste al matrimonio en su necesidad de vino; en esta ocasión auxilias a un padre afligido por la enfermedad de su hijo. Las palabras de María todavía resuenan en Caná: hagan lo que Él les diga. El funcionario real da fe a tus palabras y se retira de tu presencia. Su fe en tu palabra le consigue la curación que deseaba. Creyó; su fe le dio motivo de vivir con esperanza, la esperanza de regresar a casa y encontrar a su hijo sano y salvo.

San Juan nos narra en pocas líneas una conversión. Un hombre que había escuchado de un tal Jesús que había obrado algunos prodigios. El viaje de regreso a casa significa para nosotros el tiempo de nuestra conversión. Durante el viaje, las palabras de Jesús penetran con fuerza: «Vete, tu hijo ya está sano». Supo que le fue dado un gran don. Al llegar a casa y constatar la curación de su hijo, no dudó en compartir su fe con los miembros de su casa, aquellos que, de hecho, presenciaron la curación.

Oración final

Cantad para Yahvé los que lo amáis,
recordad su santidad con alabanzas.
Un instante dura su ira, su favor toda una vida;
por la tarde visita de lágrimas,
por la mañana gritos de júbilo. (*Sal 30*)

MARTES, 24 DE MARZO DE 2020
¡Toma tu camilla y anda!

Oración introductoria

Señor Jesús, aquí estoy delante de Ti. Estoy en tu presencia y solo tu amor y tu compasión por mí puede curarme de mi enfermedad. Toma lo que soy y lo que tengo y transfórmalo para que todo lo que hay en mi corazón sea tomado y curado por Ti. Oh mi buen Jesús, sácame del pecado que no me deja caminar hacia a Ti. Ayúdame y cúrame de mi pecado.

Petición

Señor, dame una fe recia y humilde que me impulse a amar a los demás.

Lectura de la profecía de Ezequiel (Ez 47, 1-9. 12)

En aquellos días, el ángel me hizo volver a la entrada del templo del Señor. De debajo del umbral del templo corría agua hacia el este -el templo miraba al este-. El agua bajaba por el lado derecho del templo, al sur del altar. Me hizo salir por el pórtico septentrional y me llevó por fuera hasta el pórtico exterior que mira al este. El agua corría por el lado derecho. El hombre que llevaba el cordel en la mano salió hacia el este, midió quinientos metros y me hizo atravesar el agua, que me llegaba hasta los tobillos. Midió otros quinientos metros y me hizo atravesar el agua, que me llegaba hasta las rodillas. Midió todavía otros quinientos metros y me hizo atravesar el agua, que me llegaba hasta la cintura. Midió otros quinientos metros: era ya un torrente que no se podía vadear, sino cruzar a nado. Entonces me dijo: «¿Has visto, hijo de hombre?», Después me condujo por la ribera del torrente. Al volver vi en ambas riberas del torrente una gran arboleda. Me dijo:

«Estas aguas fluyen hacia la zona oriental, descienden hacia la estepa y desembocan en el mar de la Sal, Cuando hayan entrado en él, sus aguas serán saneadas. Todo ser viviente que se agita, allí donde desemboque la corriente, tendrá vida; y habrá peces en abundancia. Porque apenas estas aguas hayan llegado hasta allí, habrán saneado el mar y habrá vida allí donde llegue el torrente. En ambas riberas del torrente crecerá toda clase de árboles frutales; no se marchitarán sus hojas ni se acabarán sus frutos; darán nuevos frutos cada mes, porque las aguas del torrente fluyen del santuario; su fruto será comestible y sus hojas medicinales».

Salmo (Sal 45, 2-3. 5-6. 8-9)

El Señor del universo está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 5, 1-16)

Se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la Puerta de las Ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Esta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: «¿Quieres quedar sano?». El enfermo le contestó: «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado». Jesús le dice: «Levántate, toma tu camilla y echa a andar». Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar. Aquel día era sábado, y los judíos dijeron al hombre que había quedado sano: «Hoy es sábado, y no se puede llevar la camilla». Él les contestó: «El que me ha curado es quien me ha dicho: “Toma tu camilla y echa a andar”». Ellos le preguntaron: «¿Quién es el que te ha dicho que tomes la camilla y eches a andar?».

Pero el que había quedado sano no sabía quién era, porque Jesús, a causa del gentío que había en aquel sitio, se había alejado. Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice: «Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor». Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado. Por esto los judíos perseguían a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado.

Releemos el evangelio

San Efrén (c. 306-373)

Diácono en Siria, doctor de la Iglesia

5º himno para la Epifanía

La piscina del bautismo es la que nos sana

Descended, hermanos, a las aguas del bautismo,
revestíos del Espíritu Santo;
uníos a los seres espirituales que sirven a nuestro Dios.

¡Bendito se Aquel que ha instituido el bautismo
para el perdón de los hijos de Adán!

Esta agua es el fuego secreto que marca con un signo a su rebaño,
con los tres nombres espirituales
que ahuyentan al Maligno (cf Ap 3,12)...

Juan testifica de nuestro Salvador:

“Él os bautizará con Espíritu Santo y con fuego” (Mt 3,11).

He aquí, hermanos, el fuego del Espíritu, en el verdadero bautismo.

Porque el bautismo es más poderoso que el Jordán, ese arroyo;
con sus oleadas de agua y de aceite lava los pecados
de todos los humanos.

Eliseo, haciéndole bañar siete veces,

purificó a Naaman de su lepra (2R 5,10);

el bautismo nos purifica de los pecados escondidos en el alma.

Moisés había bautizado al pueblo en el mar (1C 10,2),
sin poder lavar, sin embargo, por dentro su corazón,
ensuciado por el pecado.

Mirad ahora, a un sacerdote, semejante a Moisés,
lavando al alma de sus manchas,
y con el aceite marca con una señal
a los nuevos corderos para el Reino...

Con el agua manada de la roca se calmó la sed del pueblo (Ex 17,1s);
y ahora, por Cristo y por su fuente,
la sed de los pueblos es saciada. (...)

Del costado de Cristo sale una fuente que da vida (Jn 19,34);
los pueblos sedientos han bebido de ella y han olvidado su pena.

Derrama, Señor, tu rocío sobre mi debilidad;
por tu sangre perdona mis pecados.
Que mi nombre sea contado entre los santos, a tu derecha.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús va a buscar a las personas descartadas, las que ya no tienen esperanza. Como ese hombre paralítico durante treinta y ocho años, postrado cerca de la piscina de Betesda, esperando en vano que alguien lo ayude a bajar al agua. Esta compasión no ha surgido en un momento concreto de la historia de la salvación, no, siempre ha estado en Dios, impresa en su corazón de Padre. Pensemos a la historia de la vocación de Moisés, por ejemplo, cuando Dios le habla desde la zarza ardiente y le dice: “He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas [...]; conozco sus sufrimientos”. Ahí está la compasión del Padre.» *(Homilía de S.S. Francisco, 5 de octubre de 2019).*

Meditación

Estas son las palabras dirigidas por el Maestro al paralítico; es Jesús quien sale al encuentro de esta persona. Al mismo tiempo dice el Evangelio que el hombre llevaba ya treinta y ocho años enfermo. Jesús conoce bien su situación y anhela que esta persona sea curada. Muchas veces es Cristo quien pasa y, con su gracia, quiere sacarnos de nuestro pecado.

Podemos recordar la experiencia cuando hemos visitado alguien en un hospital y vemos al enfermo en su cama, esto nos puede ayudar a comprender lo que realmente necesitamos que es ser sacados de nuestra condición por el sufrimiento de no poder encontrar la cura a nuestra enfermedad. Por eso es por lo que Cristo no es indiferente a este dolor del paralítico, sino que sabe su necesidad tanto física como espiritual. Jesús va al encuentro de este enfermo y lo cura.

Pongamos en manos de Cristo aquello que no nos deja acercarnos a Él, nuestras miserias, pecados y omisiones para que Él repita de nuevo en nuestra vida, ¡Toma tu camilla y anda!

Oración final

Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza,
poderoso defensor en el peligro.
Por eso no tememos aunque tiemble la tierra,
y los montes se desplomen en el mar. *(Sal 45)*

MIERCOLES, 25 DE MARZO DE 2020
ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR
María, la esclava del Señor.

Oración introductoria

¡Dios te salve, llena de gracia, María! Hoy me pongo bajo tu manto. Enséñame a ser un hijo que se parezca a ti en la fe, en la esperanza, en el amor. Muéstrame a tu Hijo, Jesucristo, pues en Él está el Reino, la paz, la justicia y la Vida. Amén.

Petición

Señor, que te escuche, para que siempre se haga tu voluntad en mi vida.

Lectura del libro de Isaías (Is 7, 10-14; 8, 10)

En aquellos días, el Señor habló a Acáz y le dijo: «Pide una signo al Señor, tu Dios: en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo». Respondió Acáz: «No lo pido, no quiero tentar al Señor». Entonces dijo Isaías: «Escucha, casa de David: ¿no os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a mi Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará un signo. Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, porque con nosotros está Dios».

Salmo (Sal 39, 7-8a. 8b-9. 10. 11)

Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb 10, 4-10)

Hermanos: Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados. Por eso, cuando Cristo entró en el mundo dice: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: He aquí que vengo -pues está escrito en el comienzo del libro acerca de mi- para hacer, ioh, Dios!, tu voluntad». Primero dice: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias», que se ofrecen según la ley. Después añade: «He aquí que vengo para hacer tu voluntad». Niega lo primero, para afirmar lo segundo. Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc 1, 26-38)

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin». Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque “para Dios nada hay imposible”». María contestó: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mi según tu palabra». Y el ángel se retiró.

Releemos el evangelio

San Amadeo de Lausanne (1108-1159)

monje cisterciense, obispo

Homilía Mariana III, (Homélie mariale III, Huit homélies mariales, Paris, Cerf, 1960), trad. sc@evangelizo.org

El Verbo descendió en el seno de la Virgen

Cuando se hizo carne y habitó entre nosotros (cf. Jn 1,14), cuando se desprendió tomando forma de esclavo (cf. Flp 2,7), el Verbo vino por sí mismo y descendió por debajo de él mismo. Su desprendimiento fue un descenso. Sin embargo, descendió sin ser privado de él mismo, se hizo carne sin dejar de ser Verbo, tomó la humanidad, sin afectar la gloria de su majestad. (...)

El resplandor del sol penetra en el vidrio sin romperlo y el rayo visible se sumerge en un líquido puro y tranquilo sin separarlo ni dividirlo, para sondear todo hasta el fondo. Lo mismo, el Verbo de Dios ha llegado a la morada virginal y ha salido, quedando intacto el seno de la Virgen. (...) El Dios invisible se hace hombre visible y siendo impasible e inmortal, se muestra sensible y mortal. El que está más allá de los límites de nuestra naturaleza, ha querido ser limitado por ella. El que con su inmensidad abarca al conjunto del cielo y la tierra, es rodeado por el seno de una madre. Al que no pueden contener los cielos de los cielos, lo abraza el seno de María.

Si buscas saber cómo esto se realiza, escucha al arcángel explicar a María el desarrollo del misterio: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (cf. Lc 1,35). Porque prefiriéndote a ti más que a todos, eres tú que ha elegido. De este modo, sobrepasas por la plenitud de gracia a todos los que fueron o deben ser plenos de gracia, antes o después de ti.

Palabras del Santo Padre Francisco

«En el “sí” de María está el “sí” de toda la historia de la salvación y ahí comienza el último “sí” del hombre y de Dios: ahí Dios recrea, como en el principio con un “sí” hizo el mundo y el hombre, esa hermosa creación: con este “sí” yo vengo para hacer tu voluntad, y de una manera más maravillosa recrea el mundo, nos recrea a todos nosotros. Es el “sí” de Dios que nos santifica, que nos hacer ir hacia adelante en Jesucristo. Por eso, hoy es el día justo para dar gracias al Señor y preguntarnos: ¿soy hombre o mujer del “sí” o soy hombre o mujer del “no”? O ¿soy hombre o mujer que miro un poco hacia otro lado, para no responder? Que el Señor nos dé la gracia de entrar en este camino de hombres y mujeres que han sido capaces de decir el “sí”.» *(Homilía de S.S. Francisco, 8 de abril de 2016, en santa Marta).*

Meditación

«La virgen se llamaba María». El evento más grande de la historia comienza del modo más pequeño. Una jovencita es elegida en un pueblo a las orillas de un país que está sometido a un imperio. Dios envía su ángel a una casa humilde, y allí decide iniciar la redención del mundo entero.

¡Qué grande es María! Y curiosamente es grande porque es pequeña, pues deja espacio en su corazón para Dios. No vive llena de sí misma; no sabemos qué proyectos tenía, fuera de su matrimonio con José y de su propósito de virginidad; el Evangelio no nos dice cuáles eran sus habilidades, ni su experiencia en el trabajo, ni sus áreas de interés, nada... Todo lo que María era hasta entonces se convirtió en una ofrenda a Dios. Se lo dio todo, y tomó lo que el Señor le pedía: ser la Madre de Dios.

Tras el momento de la Anunciación, María comenzó un camino de fe. Sabía que sería madre, y que su Hijo sería grande. Los detalles, sin embargo, estaban todavía ocultos: ¿Cómo evitar un malentendido con su esposo? ¿Acaso viviría como madre soltera? ¿Quién se encargaría entonces de dar sustento al niño? ¿Cómo lograría su Hijo llegar a ser de importancia en Israel, viniendo de un hogar tan lejano y pobre? ¿Era posible que alguien reinara en ese rincón dominado por los romanos? Y aun así, María confía. Todo estaba en las manos de Dios, Él se encargaría de que las cosas fueran saliendo, paso a paso...

Gracias, María, por vivir abierta de par en par a la Voluntad de Dios. Con tu obediencia hemos recibido a Jesús, nuestro Salvador. Enséñame, madre, a ser atento como tú a los mensajes de Dios. Ayúdame a poner su Voluntad en el primer lugar de mis planes y acciones. Acompáñame en el camino, que avance siempre con fe y por la fe. Que en este día y todos los días pueda repetir tu oración: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra».

Oración final

Padre mío, tu has bajado hasta mí, me has tocado el corazón, me has hablado, prometiéndome gozo, presencia, salvación. En la gracia del Espíritu Santo, que me ha cubierto con su sombra, también yo junto a María, he podido decirte mi sí, el “Heme aquí” de mi vida por ti. Ahora no me queda nada más que la fuerza de tu promesa, tu verdad: “Concebirás y darás a la luz Jesús”. Señor, aquí tienes el seno abierto de mi vida, de mi ser, de todo lo que soy. Pongo todo en tu corazón. Tú, entra, ven, desciende te ruego a fecundarme, hazme generadora de Cristo en este mundo. El amor que yo recibo de ti, en medida desbordante, encuentre su plenitud y su verdad cuando alcance a los hermanos y hermanas que tú pones en mi camino. Nuestro encuentro, oh Padre, sea abierto, sea don para todos; sea Jesús, el Salvador. Amén.

JUEVES, 26 DE MARZO DE 2020

Tantas cosas me distraen de confiar
en el Único que me ha dado todo.

Oración introductoria

Señor, haz en mí una verdadera experiencia de Ti; aumenta mi fe para que no busque la gloria humana sino la gloria de Aquel que dio la vida por mí.

Petición

Jesús ayúdame a vivir siempre con pureza de intención.

Lectura del libro del Éxodo (Éx 32, 7-14)

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés: «Anda, baja de la montaña, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un becerro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: “Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto”». Y el Señor añadió a Moisés: «Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo». Entonces Moisés suplicó al Señor, su Dios: «¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto, con gran poder y mano robusta? ¿Por qué han de decir los egipcios: “Con mala intención los sacó, para hacerlos morir en las montañas y exterminarlos de la superficie de la tierra”? Aleja el incendio de tu ira, arrepíentete de la amenaza contra tu pueblo. Acuérdate de tus siervos, Abrahán, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo: “Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra

descendencia para que la posea por siempre”». Entonces se arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

Salmo (Sal 105, 19-20. 21-22. 23)

Acuérdate de mí, Señor, por amor a tu pueblo.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 5, 31-47)

En aquel tiempo, Jesús dijo a los judíos: «Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Hay otro que da testimonio de mí, y sé que es verdadero el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él ha dado testimonio en favor de la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo esto es para que vosotros os salvéis. Juan era la lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis gozar un instante de su luz. Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido llevar a cabo, esas obras que hago dan testimonio de mí: que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz, ni visto su rostro, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no lo creéis. Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida! No recibo gloria de los hombres; además, os conozco y sé que el amor de Dios no está en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; si otro viene en nombre propio, a ese sí lo recibiréis. ¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero, si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?».

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
2º Sermón sobre el Génesis

***«Si creyeráis a Moisés, me creeréis a mí,
porque de mí escribió él»***

En los primeros tiempos, el Señor, que había creado al hombre, él mismo le hablaba de manera que éste pudiera comprenderle. Es así que hablaba con Adán..., igual que más tarde con Noé y Abrahán. E incluso, cuando el género humano se precipitó en el abismo del pecado, Dios no rompió toda relación con él, aunque fuera, necesariamente, con menos familiaridad porque se habían vuelto indignos de ello. Consintió, pues, en reanudar con ellos relaciones de benevolencia, pero a través de cartas, tal como lo hacemos con un amigo ausente; de esta manera podía, según su bondad, unirse de nuevo con todo el género humano. Moisés fue el portador de estas cartas que Dios nos envía.

Abramos estas cartas, ¿cuáles son su primeras palabras? «En el principio Dios creó el cielo y la tierra» ¡Qué admirable!... Moisés, que vino al mundo muchos siglos después, estuvo verdaderamente inspirado de lo alto para narrarnos las maravillas que Dios ha hecho con la creación del mundo... ¿No es cierto que parece decirnos claramente: «Unos hombres me enseñaron lo que voy a revelaros? De ninguna manera, sino que fue el Creador solo, el que ha obrado estas maravillas; es él quien dirige mi lengua para que os las enseñe. Desde este momento, os lo ruego, imponed silencio a todas las reclamaciones del razonamiento humano. No escuchéis este relato como si fuera sólo una palabra de Moisés; es el mismo Dios el que os habla; Moisés es sólo el intérprete»...

Hermanos, acogamos pues la Palabra de Dios con un corazón agradecido y humilde... Porque es Dios quien lo ha creado todo, es él quien prepara todas las cosas y las dispone con sabiduría... Es él quien conduce al hombre, a través de lo que es visible, al conocimiento del Creador del universo. Es él quien enseña al hombre a contemplar al supremo Obrero en sus obras de manera que sepa adorar a su Creador.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús entregó a la Iglesia su poder de curar: “A los que crean, les acompañarán estos signos: [...] impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos”. En los Hechos de los Apóstoles, leemos la descripción de las curaciones realizadas por Pedro y Pablo. La tarea de la Iglesia, que sabe que debe mirar a los enfermos con la misma mirada llena de ternura y compasión que su Señor, responde a este don de Jesús. La pastoral de la salud sigue siendo, y siempre será, una misión necesaria y esencial que hay que vivir con renovado ímpetu tanto en las comunidades parroquiales como en los centros de atención más excelentes. No podemos olvidar la ternura y la perseverancia con las que muchas familias acompañan a sus hijos, padres y familiares, enfermos crónicos o discapacitados graves. La atención brindada en la familia es un testimonio extraordinario de amor por la persona humana que hay que respaldar con un reconocimiento adecuado y con unas políticas apropiadas.» *(Mensaje de S.S. Francisco, para la Jornada Mundial del enfermo 2018).*

Meditación

Podemos ver como Juan Bautista era solo un momentáneo reflejo de luz, pero no hemos de poner, de modo permanente, nuestra admiración en algún hombre ni someter el testimonio de Dios al de los hombres. Es el mismo Jesús quien nos habla con severidad en este tema y no podemos ser indiferentes a sus palabras. Debemos atender,

no la autoridad de los hombres, sino los testimonios ofrecidos por el mismo Jesús.

Hoy en día el mundo ofrece la gloria a quienes viven y disfrutan el momento según sus propios criterios. Son escuchados y elogiados aquellos que se anuncian a sí mismos sin más que su propia suficiencia. Estamos al pendiente de la ley del más fuerte, corremos para buscar y tener más y más; sin compartir lo que Él mismo nos ha dado, el amor. Los discípulos de Jesús son escuchados actualmente por pocos, como pocos fueron los que escucharon a Jesús, el enviado del Padre.

Podemos leer la Biblia pero no entender el mensaje de Cristo; podemos saber algunas citas pero no conocer realmente cuál es la intención de Jesús en nuestra propia vida. El mensaje es personal, es único, no podemos pensar qué le dice a otros, debemos pensar qué nos dice a cada uno estas palabras. Podemos ir a misa y después no vivir el Evangelio, podemos decir que somos católicos y solo conocer que existe Jesús. Pero para eso es la Cuaresma y toda nuestra vida, para darnos cuenta de cuánto nos ama Jesús, de cuánta paciencia nos tiene y sorprendernos pues Él es paciencia y siempre nos espera, siempre está ahí.

Ninguna palabra de Jesús viene por casualidad. No es que Jesús nos regañe o nos hable fuerte porque está enojado, sino porque nos ama y quiere lo mejor para nosotros. No dejemos pasar este periodo de preparación, de arrepentimiento, de buscar acercarnos a Jesús para acompañarlo.

Oración final

El Señor es fiel a sus palabras,
bondadoso en todas sus acciones.
El Señor sostiene a los que van a caer,
endereza a los que ya se doblan. *(Sal 144)*

Oración introductoria

Señor Jesús, dame el don de conocerte experimentalmente; ver en las cosas de este mundo tu presencia y ser tu instrumento para que otros te conozcan.

Petición

Que la abstinencia de este viernes sea una auténtica renuncia que pueda ofrecerte por amor a ti, Señor.

Lectura del libro de la Sabiduría (Sab 2, 1a. 12-22)

Se decían los impíos, razonando equivocadamente: «Acechemos al justo, que nos resulta fastidioso: se opone a nuestro modo de actuar, nos reprocha las faltas contra la ley y nos reprende contra la educación recibida; presume de conocer a Dios y se llama a sí mismo hijo de Dios. Es un reproche contra nuestros criterios, su sola presencia nos resulta insoportable. Lleva una vida distinta de todos los demás y va por caminos diferentes. Nos considera moneda falsa y nos esquivo como a impuros. Proclama dichoso el destino de los justos, y presume de tener por padre a Dios. Veamos si es verdad lo que dice, comprobando cómo es su muerte. Si el justo es hijo de Dios, él lo auxiliará y lo librá de las manos de sus enemigos. Lo someteremos a ultrajes y torturas, para conocer su temple y comprobar su resistencia. Lo condenaremos a muerte ignominiosa, pues, según dice, Dios lo salvará». Así discurren, pero se equivocan, pues los ciega su maldad. Desconocen los misterios de Dios, no esperan el premio de la santidad, ni creen en la recompensa de una vida intachable.

Salmo (Sal 33, 17-18. 19-20. 21 y 23)

El Señor está cerca de los atribulados.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 7,1-2.10. 25-30)

En aquel tiempo, recorría Jesús Galilea, pues no quería andar por Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de las Tiendas. Una vez que sus hermanos se hubieron marchado a la fiesta, entonces subió él también, no abiertamente, sino a escondidas. Entonces algunos que eran de Jerusalén dijeron: «¿No es este el que intentan matar? Pues mirad cómo habla abiertamente, y no le dicen nada. ¿Será que los jefes se han convencido de que este es el Mesías? Pero este sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene». Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó: «A mí me conocéis, y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino que el Verdadero es el que me envía; a ese vosotros no lo conocéis; yo lo conozco, porque procedo de él y él me ha enviado». Entonces intentaban agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora.

Releemos el evangelio

San Juan de la Cruz (1542-1591)

carmelita descalzo, doctor de la Iglesia

Cántico espiritual, estrofa 1

«Intentaban agarrarlo, pero nadie le pudo echar mano»

¿Adónde te escondiste,

Amado, y me dejaste con gemido?

Como el ciervo huiste,

habiéndome herido; salí tras ti clamando, y eras ido.

Es como si dijera: Verbo, Esposo mío, muéstrame el lugar donde estás escondido. En lo cual le pide la manifestación de su divina esencia; porque el lugar donde está escondido el Hijo de Dios es, como dice san Juan (1, 18), el seno del Padre, que es la esencia divina, la cual es ajena de todo ojo mortal y escondida de todo humano entendimiento; que por eso Isaías (45, 15), hablando con Dios, dijo: Verdaderamente tú eres Dios escondido.

De donde es de notar que, por grandes comunicaciones y presencias, y altas y subidas noticias de Dios que un alma en esta vida tenga, no es aquello esencialmente Dios, ni tiene que ver con él, porque todavía, a la verdad, le está al alma escondido, y por eso siempre le conviene al alma sobre todas esas grandezas tenerle por escondido y buscarle escondido, diciendo: ¡Adónde te escondiste? Porque ni la alta comunicación ni presencia sensible es cierto testimonio de su graciosa presencia, ni la sequedad y carencia de todo eso en el alma lo es de su ausencia en ella. Por lo cual el profeta Job (9, 11) dice: Si viniere a mí no le veré, y si se fuere no le entenderé.

En lo cual se ha de entender que, si el alma sintiere gran comunicación o sentimiento o noticia espiritual, no por eso se ha de persuadir a que aquello que siente es poseer o ver clara y esencialmente a Dios, o que aquello sea tener más a Dios o estar más en Dios, aunque más ello sea; y que si todas esas comunicaciones sensibles y espirituales faltaren, quedando ella en sequedad, tiniebla y desamparo, no por eso ha de pensar que la falta Dios más así que así,... El intento principal del alma en este verso no es sólo pedir la devoción afectiva y sensible, en que no hay certeza ni claridad de la posesión del Esposo en esta vida, sino principalmente la clara presencia y visión de su esencia en que desea estar certificada y satisfecha en la otra.

Palabras del Santo Padre Francisco

«¿Y quién es este? Es el Señor Jesús. Los apóstoles eligen vivir bajo el señorío del Resucitado en la unidad entre los hermanos, que se convierte en la única atmósfera posible del auténtico don de sí mismo. También nosotros debemos redescubrir la belleza de dar testimonio del Resucitado, saliendo de actitudes autorreferenciales, renunciar a retener los dones de Dios y sin ceder a la mediocridad. La reunificación del Colegio apostólico muestra cómo en el ADN de la comunidad cristiana hay unidad y libertad de uno mismo, que nos permite no tener miedo de la diversidad, no apegarnos a cosas y dones y convertirnos en mártires, es decir, testigos luminosos del Dios vivo y operativos en la historia.» *(Audiencia SS Francisco, 12 de julio de 2019)*

Meditación

¿Es posible conocer a Dios en nuestra mente? El hombre busca conocer la realidad, se pregunta cosas, busca respuestas. Pero, al tratarse de Dios, ¿es posible ahondar en su infinitud? Este Evangelio nos responde que las personas «conocen» a Jesús, es decir, saben de dónde vienen, qué hace, incluso algunos afirman: «Este es el Mesías». Pero otros se oponen porque –dicen- el Mesías no viene de Galilea, sino de la estirpe de David, de Belén; y así, sin saberlo, confirman precisamente la identidad de Jesús. Pero no responden la pregunta de quién es.

No obstante, Jesús exclama valientemente su identidad: «yo no vengo por mi cuenta, sino enviado por el que es veraz, a Ése vosotros no le conocéis; yo le conozco porque procedo de Él y Él me ha enviado.» Pero aún no había llegado su hora, la hora de la cruz en donde los fariseos entonces empezarán a creer más en Él. Y aunque se esforzarán por acabar completamente con sus enseñanzas, se darán cuenta de que efectivamente Jesús era el Mesías.

Muchas veces podremos caer en la tentación de crear a un Dios a nuestra medida. Si Dios no es como yo lo pienso, como yo lo quiero, será entonces un Dios injusto, egoísta, lejano. Pero a Dios no se le puede clasificar o medir. Dios debe ser para nosotros todo. Dios busca nuestro bien, aunque no lo entendamos, y nos lo muestra con el gran ejemplo de su sufrimiento y su muerte en la cruz, por cada uno de nosotros.

Oración final

El Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.

Aunque el justo sufra muchos males,
de todos lo libraré el Señor. *(Sal 33)*

SÁBADO, 28 DE MARZO DE 2020

Admiración divina.

Oración introductoria

Señor, creo que estás aquí, conmigo, en este lugar. Mi fe es débil, auméntala por favor. Jesús, amigo mío, confío en el amor infinito con el que me amas, pero aumenta mi confianza. Te amo, dulce Señor mío, y quiero amarte cada día más y más, por eso aumenta mi amor.

Petición

Espíritu Santo santificador, abre mi mente para que pueda conocer tu verdad.

Lectura del libro de Jeremías (Jer. 11, 18-20)

EL Señor me instruyó, y comprendí, me explicó todas sus intrigas. Yo, como manso cordero, era llevado al matadero; desconocía los planes que estaban urdiendo contra mí: «Talemos el árbol en su lozanía, arranquémoslo de la tierra de los vivos, que jamás se pronuncie su nombre». Señor del universo, que juzgas rectamente, que examinas las entrañas y el corazón, deja que yo pueda ver cómo te vengas de ellos, pues a ti he confiado mi causa.

Salmo (Sal 7, 2-3. 9bc-10. 11-12)

Señor, Dios mío, a ti me acojo.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 7, 40-53)

En aquel tiempo, algunos de entre la gente, que habían oído los discursos de Jesús, decían: «Este es de verdad el profeta». Otros decían: «Este es el Mesías». Pero otros decían: «¿Es que de Galilea va a venir el Mesías? ¿No dice la Escritura que el Mesías vendrá del linaje de David, y de Belén, el pueblo de David?». Y así surgió entre la gente una discordia por su causa. Algunos querían prenderlo, pero nadie le puso la mano encima. Los guardias del templo acudieron a los sumos sacerdotes y fariseos, y estos les dijeron: «¿Por qué no lo habéis traído?». Los guardias respondieron: «Jamás ha hablado nadie como ese hombre». Los fariseos les replicaron: «También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la ley son unos malditos». Nicodemo, el que había ido en otro tiempo a visitarlo y que era fariseo, les dijo: «¿Acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?». Ellos le replicaron: «¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas». Y se volvieron cada uno a su casa.

Releemos el evangelio

Concilio Vaticano II

Constitución dogmática sobre la Iglesia, "Lumen Gentium", 9

Cristo, por su cruz, reúne a los hombres divididos y dispersos

Cristo selló con su sangre un pacto nuevo, a saber, el Nuevo Testamento (1C 11,25), lo estableció convocando un pueblo de judíos y gentiles, que se unificara no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera el nuevo Pueblo de Dios...: un linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo de adquisición..., que en un tiempo no era pueblo y ahora es pueblo de Dios" (1P 2, 9-10).

Este pueblo mesiánico, aunque no incluya a todos los hombres actualmente y con frecuencia parezca una grey pequeña, es, sin embargo, para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Cristo, que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra (Mt 5, 13s)...Dios formó una comunidad de quienes, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz, y la constituyó Iglesia a fin de que fuera para todos y cada uno el sacramento visible de esta unidad salutífera.

Esta Iglesia, debiendo difundirse en todo el mundo, entra, por consiguiente, en la historia de la humanidad, si bien trasciende los tiempos y las fronteras de los pueblos. Caminando, pues, en medio de tentaciones y tribulaciones, se ve confortada con el poder de la gracia de Dios, que le ha sido prometida para que no desfallezca de la fidelidad perfecta por la debilidad de la carne, antes, al contrario, perseverare como esposa digna del Señor y, bajo la acción del Espíritu Santo, no cese de renovarse hasta que por la cruz llegue a aquella luz que no conoce ocaso.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Cada uno de nosotros tiene algo endurecido en el corazón. Hagamos memoria y que sea el Señor quien nos dé un corazón recto y sincero como hemos pedido en la oración colecta, donde habita el Señor. En los corazones duros no puede entrar el Señor; en los corazones ideológicos no puede entrar el Señor. El Señor sólo entra en los corazones que son como su corazón: los corazones compasivos, los corazones que tienen compasión, los corazones abiertos. Que el Señor nos conceda esta gracia.» (*Homilía SS Francisco, 18 de febrero de 2020, en santa Marta*)

Meditación

Jesús es la respuesta a las preguntas existenciales del hombre de todos los tiempos; Jesús es el culmen del deseo insaciable de felicidad de la humanidad; Jesús es el centro del cosmos, el fundamento de la vida, el principio y fin de todo cuanto existe; en pocas palabras, Jesús lo es todo para el culmen de la creación que es el hombre, creado a imagen y semejanza del mismo Dios Creador. Es por esto por lo que la persona del Verbo de Dios hecho carne ha causado, a través de los siglos, tanta curiosidad, resumida en una única pregunta fundamental: ¿Quién es Jesús? Muchos han querido dar respuestas a este interrogatorio diciendo ser un profeta, o el Mesías, etc. Otros, en cambio, han dado otro tipo de respuestas como que Jesús fue un impostor, o un simple maestro, o inclusive, algunos han llegado a negar la existencia de este mismo Jesús.

Lo importante no es tanto lo que los otros han dicho de Él, lo importante y prioritario es el tener una firme convicción acerca de quién es este Jesús. ¿Quién es Jesús para mí? El responder a esta pregunta fundamental de la vida humana requiere, no un aprendizaje doctrinal únicamente, sino que, sobre todo y, ante todo, requiere una experiencia personal. Requiere el ir y escuchar su voz, dejarnos

asombrar hasta el punto de decir «nadie me ha hablado nunca como Él lo ha hecho».

Esta experiencia es dada por el Santo Espíritu divino a través, principalmente, de la oración, de entrar en tu cuarto, en lo secreto, donde está tu Padre, con Jesús, en el Espíritu Santo, y te escuchan y te quieren hablar de corazón a corazón. Esta experiencia también puede ser a través de aquellas personas que te rodean, puesto que ellas, al igual que tú, son igualmente templos vivos del Espíritu Santo, donde vive la Trinidad Santísima.

Reconoce la grandeza de Jesús en ti mism@ y en los demás y compártelo, como buen apóstol de Cristo Jesús.

Oración final

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado. *(Sal 50)*